



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MATÍAS PADILLA

(El Abate Pirracas.)



Padilla

**Dice, al hacer revistas, con franqueza
lo que juzga verdad,
y puede perdonarse la dureza
por la sinceridad.**

Salud a prueba

SUMARIO

TEXTO. De todo un poco, por Luis Taboada.—Salud á prueba, por Eduardo Bustillo.—Una conquista, por José López Silva.—Cosas, por Antonio Peña y Goñi.—¡Esto es ahogarse!, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Concurso de sonetos.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Matías Padilla.—El calor.—Anuncios, por Cilla.



La cosa está que arde.

No hay medio de encontrar frescura en ningún sitio de la capital, y los vecinos de Madrid se bañan en su propio jugo.

Los que tienen medios abandonan la corte, dispuestos á soportar las comidas de fonda y el traqueteo demoleedor de los trenes. Unos se van á las playas humildes, donde la vida es barata, aunque inaguantable, y otros hacen el sacrificio de vivir en San Sebastián y dejar un riñón en poder de patronas y fondistas.

Hay quien tiene un amigo en Gijón, por ejemplo, y dice con la mayor tranquilidad del mundo:

—¡Hombre! Ya sé dónde pasar el verano. En Gijón. Allí está Baldomero, que me ha ofrecido la casa muchas veces, y sería una tontería desaprovechar la ocasión.

Y escribe la siguiente carta:

«Querido Baldomero: Sería un ingrato si después de tus reiteradas instancias dejase de hacerte una visita. El lunes salgo para ésa con mi mujer y mi sobrino Gregorio, que necesita los baños de mar porque se ha criado con biberón y no acaba de desarrollarse. Ya conoces nuestra manera de ser; por consiguiente, en cualquier sitio nos acomodaremos.»

Lo primero que hace el de provincias, al recibir la carta, es preguntar á su mujer:

—¿Cuántas sábanas tenemos?

—Trece, pero dos están dando las boqueadas.

—No importa, con Heliodoro tengo yo mucha franqueza.

—¿Qué Heliodoro?

—Heliodoro González, que viene á pasar una temporada con nosotros.

—Pero ¿quién le ha convidado?

—Ya sabes que cuando estuve en Madrid se portó conmigo perfectamente; me llevó á ver el viaducto, me presentó á Perrín y Palacios y me convidó á comer en las Tullerías. Yo estaba en el caso de corresponder á sus atenciones invitándole á veranear aquí.

—¡Ay, Baldomero! ¡En buena nos hemos metido!

—No seas tonta; Heliodoro es una persona excelente y está acostumbrado á todo. Cuando era estudiante no tenía más que dos camisas y un bastón de estoque. Ahora bien, la señora ya me parece más difícil de contentar.

—Pero ¿viene también la señora?

—Sí; viene ella y un sobrino algo delicado.

—¡Jesús!

El matrimonio de Madrid se cuela de rondón en aquella casa, acompañado del sobrino, que es un zagalón lleno de resabios.

—Nada de ceremonias—dice Heliodoro.—Háganse ustedes la cuenta de que somos de la familia.

—Ya lo sabemos—contesta el infortunado anfitrión.—Aquí están ustedes en su casa.

El sobrino no deja titere con cabeza, y toma posesión de aquel domicilio como de país conquistado. Un día se le antoja bajar de la buhardilla un sable viejo y comenzar á repartir cintarazos entre los muebles; otro día introduce en la sala el carnero de un

vecino para ponerle banderillas, y acaba por coger un retrato de León XIII y pintarle bigote y sombrero de copa.

La esposa de D. Baldomero se exaspera y trata de reprender al muchacho, pero á esto se opone la tía diciendo:

—No le contrarie usted. ¡Pues no faltaba más! Para reprenderle estoy yo aquí, que soy su tía. ¿No ve usted que está delicado y se nos puede desgraciar?

Aquella casa se ha convertido en un infierno, y la infortunada dueña ha renunciado á la aguja y á todo, para dedicarse exclusivamente á la cocina.

—¿Te parece que ponga mañana la merluza con salsa verde?—pregunta á su esposo antes de entregarse al descanso.

—Allá tú.

—¿Sabes si á tu amigo le gustan los callos? Yo me vuelvo loca para introducir variaciones en la comida. ¡Ay, Baldomero! ¡Qué ratos nos están haciendo pasar los forasteritos! Y si al menos ella fuese una mujer como Dios manda; pero parece que nos dispensa un favor con estar aquí, y siempre está echándome indirectas sobre las narices de mamá. Como las tiene coloradas por efecto de la erisipela, todo el mundo se cree con derecho á reirse.

—Es necesario ser prudentes.

—Sí, pero la prudencia tiene sus límites. Ya ves, en menos de ocho días se han comido un jamón y el frasco de las guindas y nueve merluzas y un queso.

—En cambio, el día que vayamos á Madrid tendremos casa y personas que nos obsequien.

—Sí, sí; acuérdate de lo que les pasó á las de Garnache, que tuvieron en su casa dos veranos seguidos á la familia del senador, y cuando ellas fueron á Madrid á sacarse el colmillo, ni siquiera las convidaron á un mal refresco. Hubo más: un día las del senador les prestaron una servilleta y después se la pidieron ante los tribunales de justicia.

Tiene razón la pobre señora. Los forasteros producen toda clase de disgustos.

¡Ella, tan mujer de su casa, y verse obligada á salir á paseo todos los días para acompañar á la madrileña, que no hace más que poner defectos á cuanto ve!

—Mire usted qué casa tan preciosa—dice la señora de D. Baldomero.—Es de un indiano muy rico que tiene dos negras y un guacamayo.

—¿Y á esto llaman ustedes casa bonita? Ya se conoce que no ha estado usted en Madrid. ¡Aquellas sí que son casas!—dice la forastera.

—Para guacamayos uno que tiene en Madrid la marquesa de los Salchichines—añade el esposo.—Es un guacamayo que habla y estornuda y traduce comedias del francés.

En fin, los forasteros, no sólo le comen un costado á aquella familia infeliz, sino que además se quejan de la carne y echan de menos las legumbres madrileñas y se pasan el día criticándolo todo, hasta dar al traste con la paciencia de D. Baldomero, que acaba por decir á su amigo de la infancia:

—Mira, Heliodoro, una de dos: ó tomáis el tren esta misma noche, ó hago una barbaridad con vosotros. Por de pronto, acabo de pegarle una patada á tu sobrino, y es muy posible que le haya roto algo... Conque, por la puerta se va á la calle.

LUIS TABOADA.

SALUD Á PRUEBA

En un competente diario, y para nuestra delicia, nos dan semanal noticia del estado sanitario.

Y, reclamando atención, copio aquí con diferencias que piden las exigencias de la metrificación:

«Las afecciones nerviosas se acentúan mucho más, y siguen reinando las fiebres gástrico-biliosas.»

«Cambios de temperatura, tan peligrosos hoy día, traen casos de pulmonía de muy mala catadura, »catarras intestinales y congestiones variadas,

pero mal acompañadas de hemorragias cerebrales, »y en casos muy numerosos también agravadas por hemorragias de los órganos parenquimatosos.

»En su proceso quizás ceden algo las neurosis; pero las tuberculosis se agravaron mucho más.

»El sarampión á la infancia sigue atacando cruel, aunque es más benigno en el período de la lactancia.

»Como siempre en los veranos, hay mucha fiebre eruptiva y en la piel es excesiva ya la cosecha de granos.»

— Y aún sigúe la relación; y el periódico, que gana llenando la cuarta plana de esquelas de defunción; de su salud en virtud, para que olvide el que lea, y en su piadosa tarea de *curarnos en salud*, cuando bien puede lograr que nos *curamos de espantos* al ver con tales quebrantos la salud *particular*, da fin así, como en guasa, al relato impertinente:

«Salud pública, excelente, y mortalidad, escasa.»
 ¿A qué, pues, los alarmantes cuadritos que deja atrás pintándonos todas las enfermedades *reinantes*?
 Al que dolencias le abrumen no alivia el final recurso, y está demás el discurso y, por lo tanto, el resumen.
 Si el dar noticias que aterran es costumbre, se proscriba; hartó sabe ya el que vive que «al que se muere, le entierran.»

EDUARDO BUSTILLO.

UNA CONQUISTA

A DON ANTONIO PEÑA Y GOÑI

— Ahora que estamos solos, señá Claudia, va usted á hacerme un favor.

— Si es el que tienes costumbre de pedirme toos los días, no me atosigues más ni te molestes, porque vas á sacar lo que el del cuento: los pies helaos y lo demás caliente.
 — ¡Cuidao que es usted perra, señá Claudia!
 — ¡Muchas gracias, José!

— No se merecen, pero es el evangelio. Estoy penando lo indecible, va ya pa cinco meses, por su causa de usted, y á usted, no ostante, se le importa un piñón el que uno pene. ¡Eso prueba que tiene usted la sangre más negra que el betún!

— ¡No sé qué quieres que haga yo!

— ¡Señá Claudia!...

— Señora, las preguntas de esa especie no hay mujer de sentido que las haga ni hombre de educación que las conteste. Lo primero, porque eso se adivina de golpe, y lo segundo, porque ofende aunque uno sea un choto sin criterio, verbo en gracia.

— Es decir, que á tí te tiene sin pizca de cuidao el que las lenguas de hacha, que hay en el barrio, me desuellen por un capricho tuyo, y que me pongan á parir, ¿no es verdaz? ¡Pues están verdes! ¡Tengo yo en más estima mi conduzta!
 — Mire usted, señá Claudia, too eso es...

— ¡Pepe, tú me has tomao por otra!

— No, señora, que la conozco á usted perfectamente, y sé que, cuando le entra por el ojo un hombre, sabe usted, si es que se ofrece, sacrificarse y too.

— Tampoco iznoras que soy casada y además decente. Lo primero es verdaz, pero, no ostante, me va usted á permitir el que la ojete que también lo es usted pa el señor Braulio y ecétera.

— Son dichos de la gente.
 — Y hechos de usted, que, como duren mucho, van á ser causa de que á mí me lleven donde no me dé el sol, que usted no sabe lo que es un ser apasionao que tiene perdida la concencia de sus aztos, ú mejor dicho, el albedrío.

— ¡Ay, Pepe, qué poético estás!

— Hay circunstancias en que el hombre se eleva.

— Mira, vete, y no des ocasión pa que el maestro se jame la partida y nos caliente.

— A usted no la caliente en este mundo ningún sujeto mientras viva éste, y con respeto á mí...

— Bueno, concluye, y en resumidas cuentas dí qué quieres.

— Que me ame usted.

— ¡Que te ame el dios Netuno, si está desocupao.

— ¡Gracias!

— Parece

que soy yo alguna cosa nunca vista, ó que no hay en el mundo más mujeres. Ahí está la Asunción.

— Esa pa el gato, que es de Valladolid.

— ¿Y la Mercedes?

— ¡No te gusta tampoco?

— Ni un pimiento.

— Pues es guapa.
 — No es fea, pero tiene muchísimo desahogo en ciertas cosas, ó muy poca vergüenza, si se quiere.

— Pídele relaciones á la Higinia, que ha vacao, según dicen.
 — ¡Justamente, y la salud que me la parta un rayo!

— Si te vas á fijar en pequeñeces, jubílate.

— Pa la cuestión de afeztos soy muy escrupuloso.
 — Pues atrévete y díle algo á la Inés, que es una chica cuasi bien educá.

— No me conviene.

— ¿Por qué?

— Porque la Inés no vive sola.
 — Ahora sí.

— Ahora no, y usted dispense; que el domingo pasao estuve á verla y salí de su casa con un huésped.

— Sería de su madre, que hace días echó de menos uno.

— Quizás fuese, porque es la de la Inés una familia que ni pa Dios congenia con los peines. Pero no divaguemos, señá Claudia, y no me hable usted ya de otras mujeres, porque pa mí no hay más que usted ú el claustro, ú Ceuta ú el Peñón. Por consiguiente, ú me aprecia usted un poco tan siquiera, ú me estraigo ahora mismo la de muelles y se la interno á usted.

— Eso es violarme, y yo nunca he dejao que me vihuelen.

— Ni ha habido caso nunca.
 — En buenas formas se consigue de mí lo que se quiere, pero lo que es en malas...

— Pues en buenas dígame usted que sí.

— Cuando lo piense, que no está bien que una mujer honrada aceda sin saber dónde se mete, mientras haiga en el mundo alabanciosos.
 — ¿Va por mí esa indirezta?

— Me parece.
 — Sí? Pues ha ido usted á dar con el sujeto más reservao de España.

— No esageres.
 — ¿Quién se ha enterao jamás de mis asuntos con su hermana de usted? ¡Ni las paredes!

— Na más que mi cañao.
 — Porque ella quiso contárselo pa que él no se ofendiese; no porque yo me fuera del seguro.

— ¿Hablas con seriedad?

— ¡Usted me ofende!

— Pues déjame, José, que reflexione, y dentro de media hora, si Dios quiere, te daré la respuesta.

— Señá Claudia, Gacias anticipás.

— No se merecen.

J. LÓPEZ SILVA.

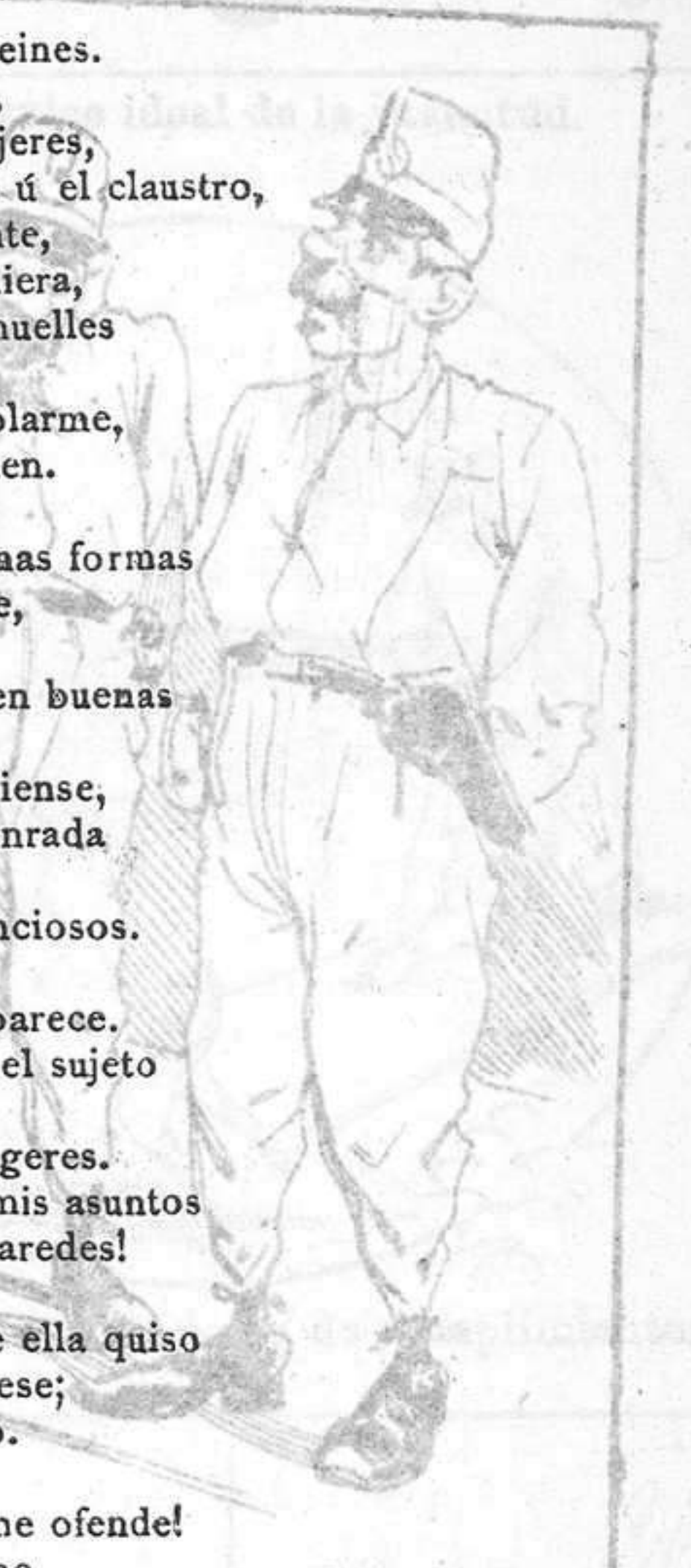
COSAS

Las grandes revoluciones políticas y los grandes sacudimientos sociales vienen cuando deben venir.

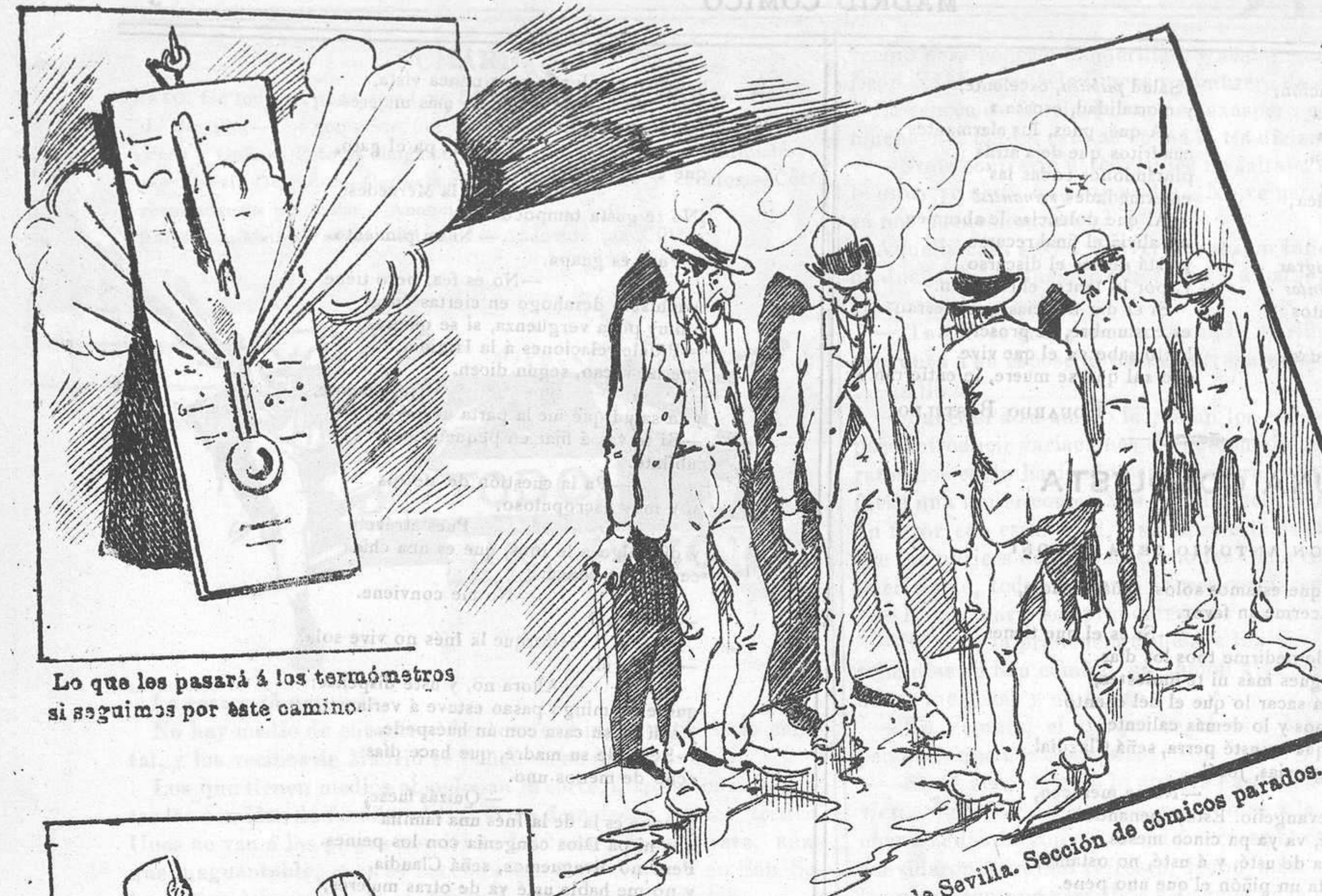
No sé si algún Montesquieu ha dicho eso antes que este servidor de ustedes. Si no lo ha dicho, el aforismo me pertenece y reclamo para siempre su paternidad.

Y ahora, á probarlo.
 ¿Se acuerdan ustedes de 1868? Todos estábamos podridos, la nación olía á gangrena, el cuerpo social á pólipos, el régimen administrativo á pus.

Vino la Gloriosa, que fué para nosotros la cura antiséptica de Lister, cayeron de nuestro físico y de nuestro moral millares de putrilagos; echamos carne nueva, se depuró nuestra sangre, nos bañamos en Himno de Riego, y la Constitución del 69 rebizo nuestra virginidad.



EL CALOR



Lo que les pasará a los termómetros si seguimos por este camino.

Calle de Sevilla. Sección de cómicos parados.



La comida a familia.



Lo que tendrán que hacer los vecinos para poder conciliar el sueño.



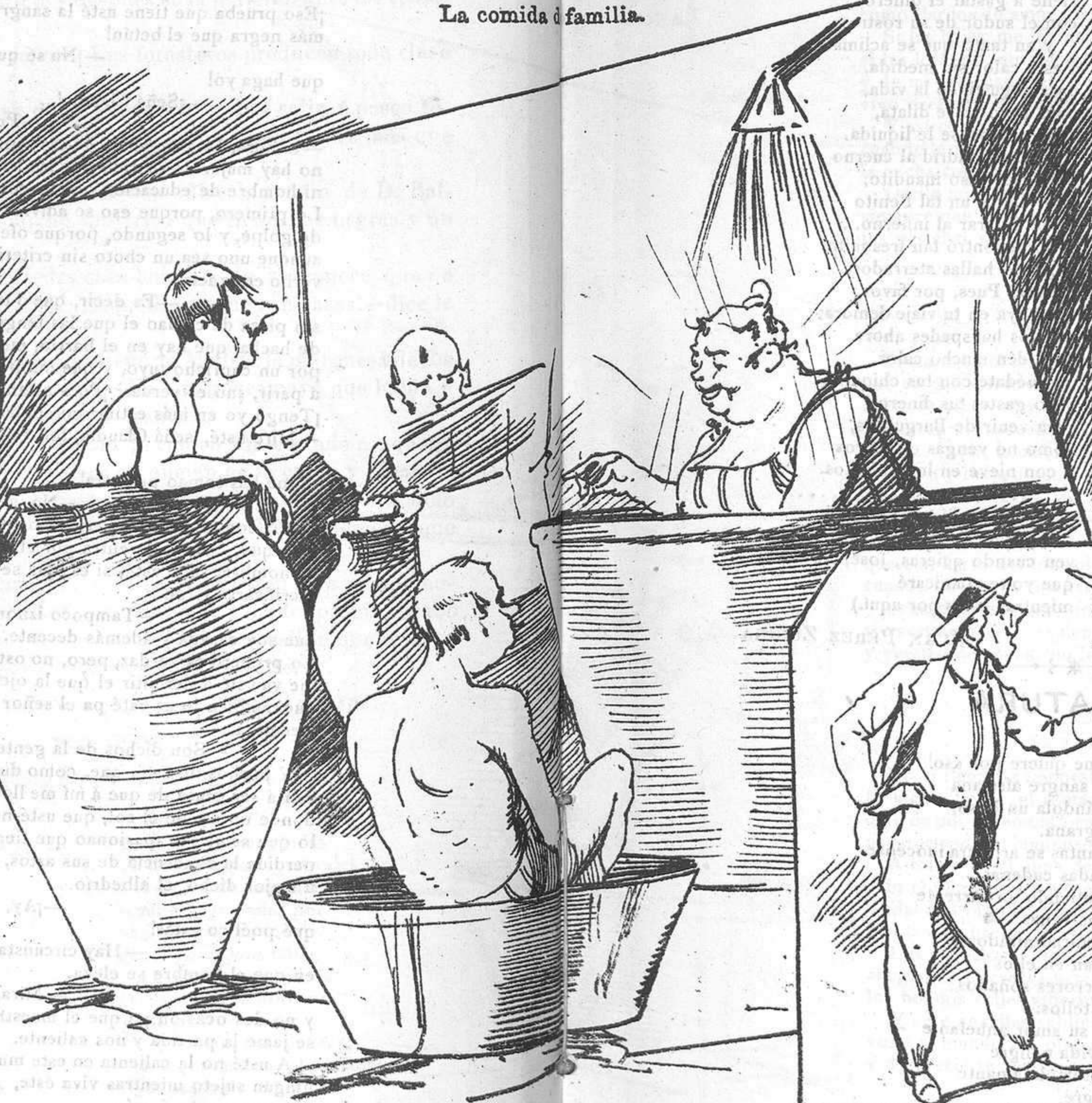
El único ideal de la juventud.



La pareja de orden público: acera de la sombra.



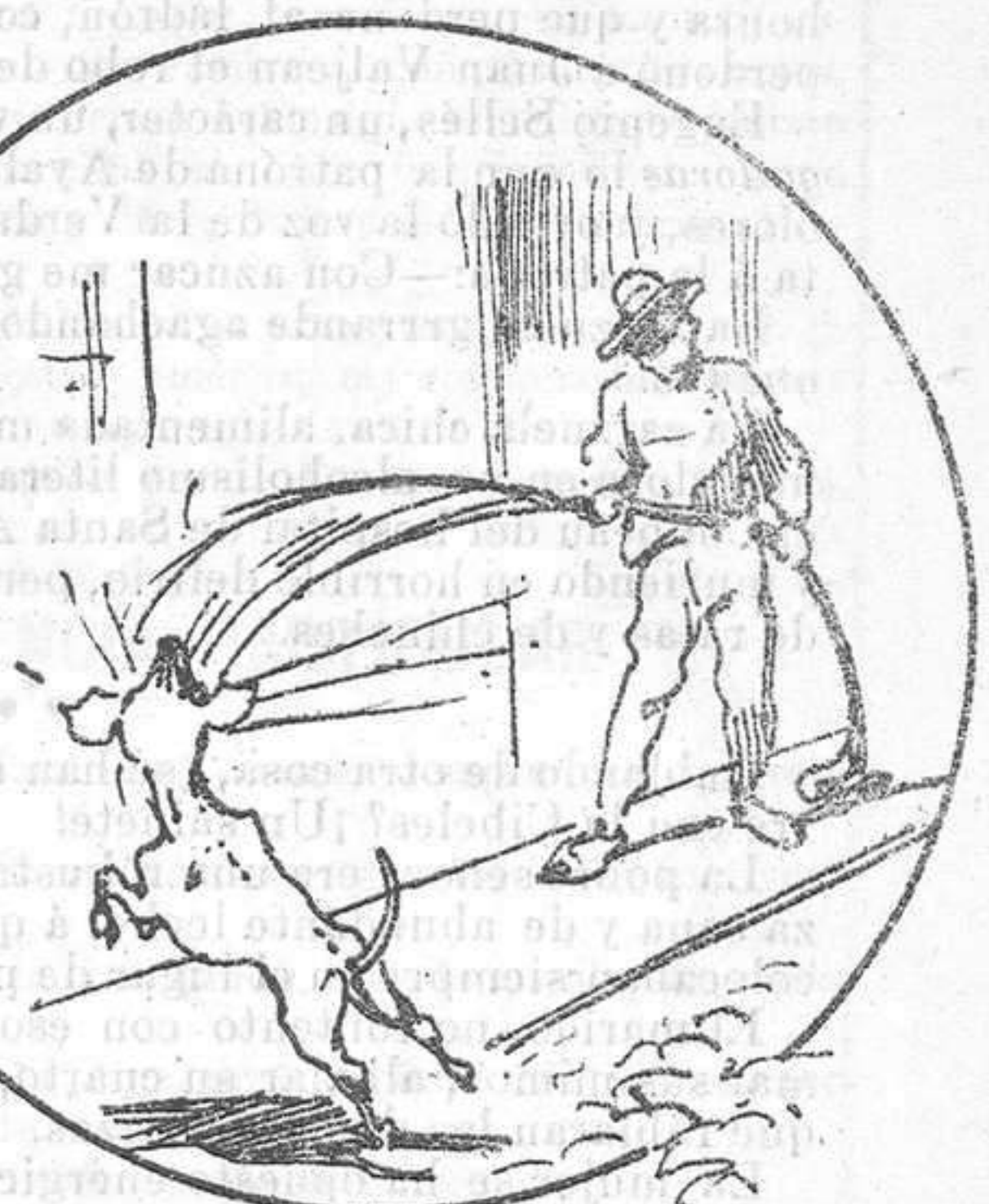
Idem id.: acera del sol.



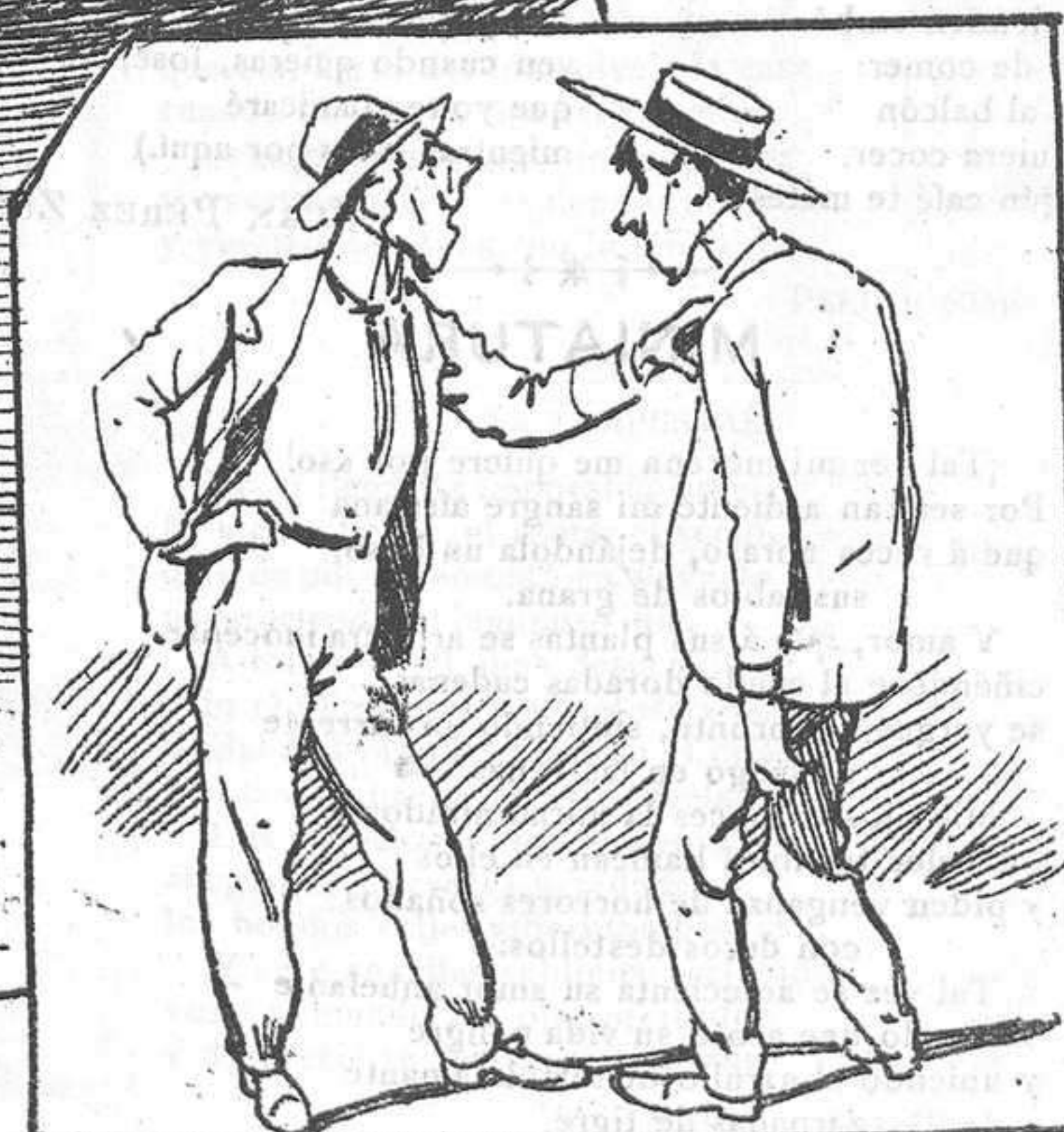
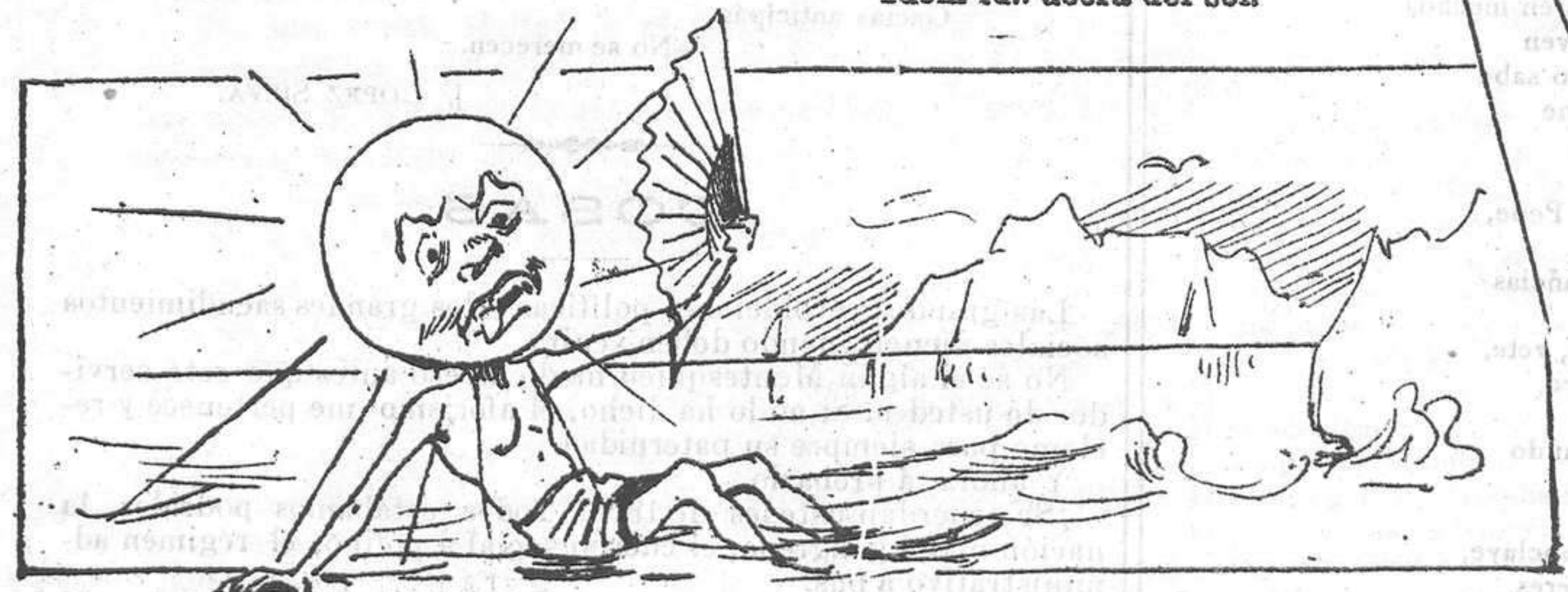
Una reunión de confianza.



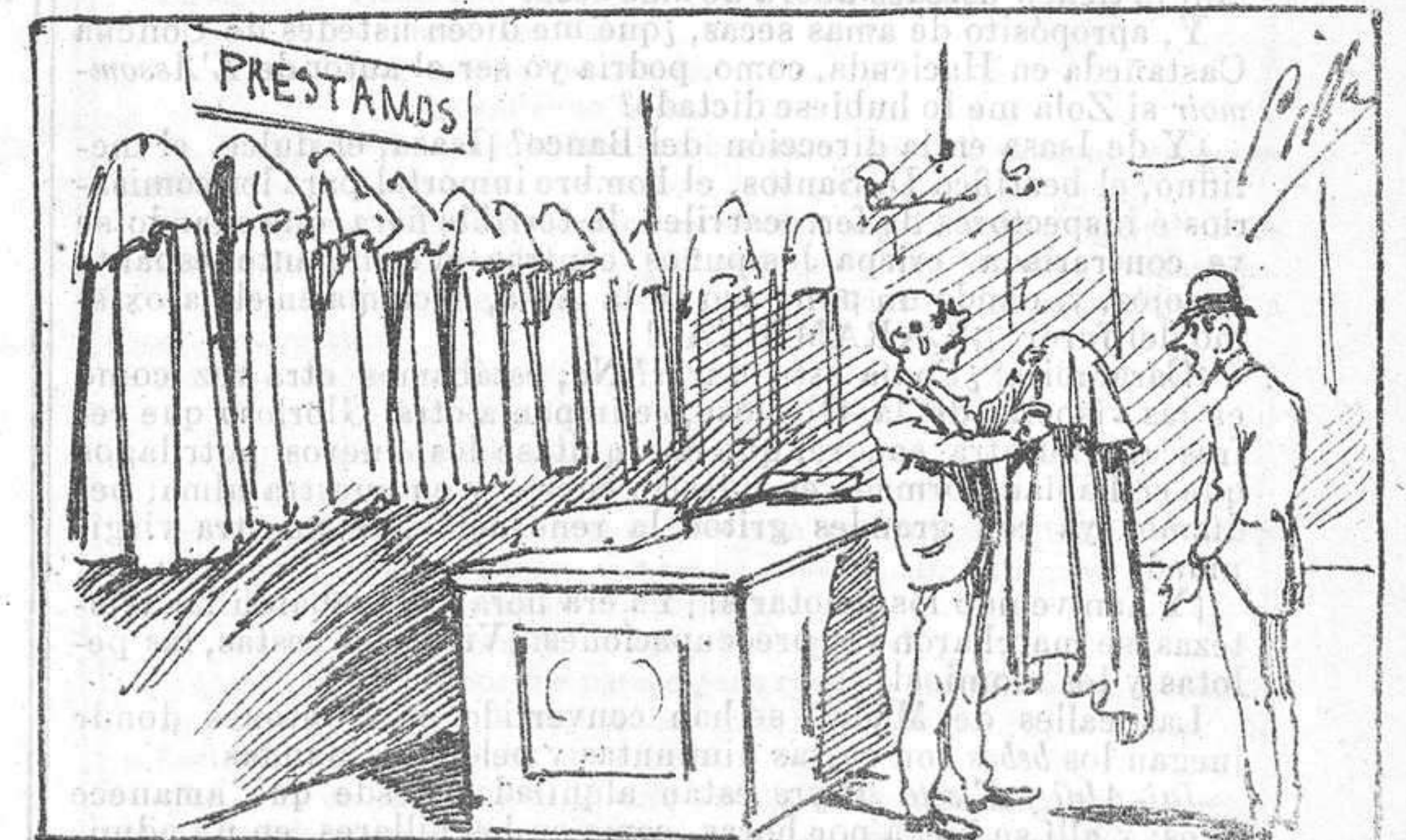
Los que debían dejarlo para más adelante.



Los seres felices que se dejan de cumplimientos.



—He descubierto un sitio donde se respira por la noche.
 —¿Cuál es?
 —Me jura usted no decírselo a ninguna persona?
 —Lo juro!
 —La cúpula de San Francisco el Grande!



En lo que paran estas bromas.

¿Se acuerdan ustedes cómo estaba entonces el teatro? ¡Qué decadencia! ¡Qué agonía! ¡Oh el teatro antiguo! ¡Oh Lope, oh Calderón! Nos dormíamos todos, nos caíamos á pedazos, como una pared roída por las humedades.

Pero vinieron los Bufos, llegó á Madrid la regocijada cohorte de Arderius, el Olimpo en aleluyas, un disloque de sentido común que nos amputó la melancolía como un miembro corrompido.

Y respiramos, volvimos *en sí* como vuelve el enfermo después de una operación bien hecha, y bailamos y cantamos y echamos caramelos á las bufas, en una deshecha bacanal de desafinaciones y de pantorrillas.

¿Qué quedaba hoy, después de Júpiter y de Venus, de Barba Azul y Chilperico, de Genoveva de Brabante y la Gran Duquesa de Gerolstein?

Una reacción horrorosa, otra vez la gangrena, otra vez los putrilagos, la necesidad de una nueva operación. Fijense ustedes.

En política Cánovas y Sagasta, Sagasta y Cánovas, D. Antonio y D. Práxedes, D. Práxedes y D. Antonio, la monotonía desesperante de lo previsto, el Juan y el Mauricio de *La Débacle*, clavándose cordialmente la bayoneta cuando se encuentran en la Commune de la dimisión, el mismo bacarrá con los mismos banqueros y los mismos *croupiers*.

Cuando el uno ha tallado durante tres ó cuatro años, dice: *Il y a une suite*. Y el otro se apodera de la *suite* y abate *ochos y nueves*, y las oposiciones pierden, hasta que les toca tallar á su vez.

¡Siempre lo mismo! La tabarra intolerable del Congreso, las frases hechas, las vulgaridades corrientes, el imperio de la medianía, el lustre de los impotentes y de los tontos, los escaños desiertos cuando hay que *hacer* algo, repletos cuando hay que *des-hacer* á alguien, el rebaño político dando balidos alrededor de los ídolos de paja, y el país alzándose de hombros, contemplando toda esa *fumisterie* con indiferencia de idiota.

En el teatro, Echegaray, el Ravachol de ayer, iluminado por los últimos resplandores de una tea incendiaria que le abrasa las manos al consumirse.

Perez Galdós llamando á las puertas de la *Realidad* con un cornudo *ideal*, un Myriel de la clase de seglares, á quien roban la honra y que perdona al ladrón, como el obispo de Victor Hugo perdonó á Juan Valjean el robo de los cubiertos de plata.

Eugenio Sellés, un carácter, un valiente, haciendo con *Las Vengadoras* lo que la patrona de Ayala y de Arrieta hizo con ciertos olores, y oyendo la voz de la Verdad que le dice, como dijo Arrieta á la patrona:—Con azúcar me gusta menos.

La zarzuela grrrande agachándose hasta la opereta con *El Rey que rabió*.

La zarzuela chica, alimentada musicalmente por Chapí, consumiéndose en un alcoholismo literario que convierte al público en el Coupeau del hospital de Santa Ana, enjaulado como una fiera, y muriendo en horrible delirio, perseguido por ejércitos de arañas, de ratas y de chinches...

Hablando de otra cosa, ¿se han enterado ustedes de lo que ocurre con la Cibeles? ¡Un sainete!

La pobre señora era una robusta nodriza de casa grande, nodriza sana y de abundante leche, á quien los padres de la criatura colocaban siempre en el lugar de preferencia.

El marido, no contento con eso, quería ascenderla más, extremar sus mimos, alhajar su cuarto, comprarle joyas y trajes para que rabiaran las demás nodrizas.

La mujer se ha opuesto enérgicamente á tales despilfarros, ha habido disputas entre los cónyuges, se ha enterado la nodriza, ha llorado, se ha hecho mala sangre, se le ha retirado la leche y... ¡ahí la tienen ustedes ahora de ama seca!

Y, apropósito de amas secas, ¿qué me dicen ustedes de Concha Castañeda en Hacienda, como podría yo ser el autor de *L'Assommoir* si Zola me lo hubiese dictado?

¿Y de Isasa en la dirección del Banco? ¡Isasa, el dulce, el meliflúo, el beatífico D. Santos, el hombre inmortal para los comisarios é inspectores de ferrocarriles, la terrible fiera, que cuando se ve contrariada, crispera los puños, contrae el semblante, espanta los ojos, y, dando un puñetazo en la mesa, exclama en el paroxismo del furor: ¡¡¡CARAMBITA!!!

¡Carambita! ¿Podía esto durar? No; estábamos otra vez como en las vísperas de la Gloriosa, se imponía otra Gloriosa que refrescara nuestra sangre, que nos quitase los nuevos putrilagos que se habían formado en nuestro cuerpo y en nuestra alma; pedíamos ya con grandes gritos la renovación de nuestra virginidad.

¡Y han venido los pelotaris! ¡Ya era hora! Se acabaron las tristezas, se marcharon las preocupaciones. ¡Vivan las cestas, las pelotas y los momios!

Las calles de Madrid se han convertido en frontones donde juegan los *bebés* con cestas diminutas y pelotitas blandas.

Jai-Alai y *Fiesta Alegre* están alquilados desde que amanece Dios; y allí se juega por horas, como en los billares, en un admirable deseo de mejorar la raza y comernos á Europa entera si, por ventura, se le ocurre desafiarnos.

Ya tenemos cestas indígenas, pelotas indígenas y pelotaris indígenas.

El último partido jugado en Madrid ha sido de primera: los telegrafistas contra Elduayen, delantero, y Cánovas, zaguero.

Empezaron á jugar á sacar desde Aranjuez, con pelotas eléctricas, habilidad libre.

Elduayen jugaba por extensión, echando rabiosamente la pelota á los catorce y quince cuadros, mientras Cánovas, el intendente del frontón, sostenía la zaga descansadamente, sin necesidad de entrar en juego.

Hacia falta á los telegrafistas un zaguero habilísimo y fuerte, que entrara á la bolea y devolviese los golpes de Elduayen, á la vez que asustase á Cánovas.

Se presentó Romero Robledo, se puso la cesta, fué á defender la zaga de los telegrafistas y se acabó el partido.

Jugó D. Francisco de medio brazo, como Samperio en sus mejores tiempos, y echó á pelotazos de la cancha á Cánovas y Elduayen, dando el triunfo á los telegrafistas.

Elduayen rescindió el contrato con el frontón y se fué. Cánovas se ha quedado de intendente.

Y el juego de pelota vence y los pelotaris triunfan. ¿Por qué? Por la fuerza misma de las cosas: porque las grandes revoluciones políticas y los grandes sacudimientos sociales vienen cuando deben venir.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

¡ESTO ES AHOGARSE!

Querido amigo José Vallejo... y no sé qué más: ¿Pensando en venir estás? Pues no vengas. ¿Que por qué? Porque te derretirás.

En el invierno hace un frío de padre y muy señor mío en esta bendita corte; mas cuando llega el estío, no hay un Dios que lo soporte.

Y tanto da en apretar estos días el calor, que vivir aquí es estar en un baño de vapor imposible de aguantar.

Fué en subir tan progresista mi termómetro *de cuelga*, que ya se pierde de vista, y sin ser telegrafista, se va á declarar en huelga.

Como el sudar es cargante, y aquí durante las horas de sol se suda bastante, van á hacerse las señoras batas de papel secante.

Aquí la gente se estima; pero á murmurar se anima tan sólo, amigo Vallejo, porque al quitarse el pellejo se quita peso de encima.

El agua de tal manera está, que ayer mi portera entró en un baño de estaño, y salió roja del baño como un cangrejo cualquiera.

Mientras dura la estación aquí no encienden carbón para guisar de comer: basta sacar al balcón lo que se quiera cocer.

Si en algún café te metes

y refrescar te prometes, ya verás ¡pobre de tí! que hasta los mismos sorbetes están calientes aquí.

¿Y qué más? A un tal Padró, que con frases canallescás ayer tarde me insultó, fuí á soltarle cuatro *frescas*. ¿Tú crees que pude? Pues no.

En verano el forastero que dice: «Todo lo arrostro y á Madrid me voy ligero,» viene á gastar el dinero con el sudor de su rostro;

y en tanto que se aclimata á este calor sin medida, pasa angustiado la vida, pues todo se le dilata, si es que no se le liquida.

Váyase Madrid al cuerno ante este caso inaudito; ayer murió un tal Benito y fué á parar al infierno... ¡y lo encontró tan fresquito!

¿Y no hallas aterradora tu idea? Pues, por favor, que haya en tu viaje demora; que los huéspedes ahora despiden mucho calor.

Quédate con tus chiquillos y no gastes tus dineros para venir de Burguillos, como no vengas en cueros y con nieve en los bolsillos.

..... (Posdata. Si traes de ahí mil pesetas para mí, ven cuando quieras, José, que yo te abanicaré mientras estés por aquí.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MINIATURA

¡Tal vez mi morena me quiere por eso! Por ser tan ardiente mi sangre africana que á veces abraso, dejándola un beso, sus labios de grana.

Y amor, que á sus plantas se arrastra inocente ciñéndose al cuello doradas cadenas, se yergue de pronto, sintiendo un torrente de fuego en las venas.

Mis ojos entonces la miran airados, los celos terribles llamean en ellos y piden venganza de horrores soñados con duros destellos.

Tal vez se acrecienta su amor anhelante sabiendo que acaso su vida peligré y uniéndolo al arrullo de tórtola amante zarpadas de tigre.

También yo por eso constante la adoro: porque es un arcángel con garras de fiera que de este cariño defiende el tesoro tenaz y altanera.

Y sé que si alguna mujer más hermosa mi amor pretendiera robarle algún día, en esta garganta que besa amorosa su daga hundiría.

Así somos ambos; pareja salvaje
que amante se mima y ansiosa se acecha,
que no se tolera ni sombra de ultraje
ni vaga sospecha.

A ser dos obreros, por mala fortuna,
seríamos de esos de clase ordinaria
que, amándose mucho, lo prueban con una
paliza diaria.

SINESIO DELGADO.

CONCURSO DE SONETOS (1)

VI

LA RASANTE

En la inmensa llanura del desierto
que trueca el huracán en océano
cuando agita con soplo soberano
palmas y arenas en feroz concierto,
de un pueblo rey el corazón ya muerto
arranca un grito del asombro humano
de Dios, al verlo, por la airada mano
en el sepulcro amortajado y yerto.

La tumba audaz que la soberbia humana
alzó para su fama venidera,
aún toca al cielo con su cima ufana.

Mañana, al ir por la llanura austera,
¿no encontrará la absorta caravana
ni las altas pirámides siquiera!

BENVENUTO.

VII

TUS PESTAÑAS

Porque son de tus ojos defensoras,
adoro, dulce prenda, tus pestañas;
y ellas son las que rasgan mis entrañas
como dardos de amor á todas horas.

Si las bajas, me hieren punzadoras;
si las levantas, sin querer me dañan,
y de mi inmenso amor redes extrañas
vivo preso en sus hebras seductoras.

Y así como ligera baja y sube,
cuando tu mano el abanico mueve,
la ancha corbata de sutil encaje,

Oscila mi alma, cual inquieta nube,
siempre que agitan con impulso leve
tus pestañas su negro varillaje.

FACUNDO IV.

VIII

CARGO Y DATA

Fruto, no del amor, sino del vicio
que en ella ejerce su funesto influjo,
ávida de placeres y de lujo,
por alcanzarlos rueda al precipicio.

Gozar, reír, triunfar, ése es su oficio;
graciosa y bella á cuantos vió sedujo,
y el afán de riquezas la condujo
á morir de limosna en un hospicio.

¡Oh, vosotras, señoras de alta esfera,
que con hartos desdén volvéis la cara
cuando pasa la pobre aventurera:

pensad alguna vez que no pecara
si vuestras galas y esplendor no viera
y vuestro derrochar no la tentara!

PSEUDÓNIMO.

IX

LA TEMPESTAD

Yo vi llegar la tempestad bravía.
El viento fuerte, al azotar el suelo,
olas de polvo remontó en su vuelo,
oscureciendo el luminoso día.

A torrentes el agua descendía
bajo el plomizo y tormentoso velo,
brillaba el rayo iluminando el cielo
y el trueno pavoroso estremecía.

Los caudalosos ríos, desbordados,
anegaron las verdes heredades,
los hondos valles y floridos prados...

Y ante aquellas sublimes realidades
volví al mundo los ojos aterrados
y desprecié sus vanas tempestades.

GIL BLAS.

(1) Esta semana se han recibido sesenta y cinco. A pesar de la advertencia del número anterior, la mayor parte se refieren á las cien pesetas, imposibilitando así su inserción, puesto que de publicar uno habría que publicarlos todos, y les perjudicaría para obtener el premio la identidad de asunto.

CHISMES Y CUENTOS

¡Calle usted, por Dios! ¡Pues no resulta ahora que el Gobierno está recibiendo de todas partes excitaciones para que se aprueben pronto las tarifas de ferrocarriles?

Hay que advertir que las tales tarifas dificultarán gravando en doce por ciento el tráfico de mercancías y el movimiento de viajeros, cosas ambas que se consideran esenciales para la vida de las naciones, y no favorecen más que á unas cuantas fábricas, que no por eso bajarán los precios ni sostendrán más operarios.

Y se trata de que los cuatro ó cinco favorecidos, á fuerza de chillar, convengan á unos cuatro millones de perjudicados de que eso de que le den á uno con la badila en los nudillos es cosa conveniente.

Y hasta acaba por gustarle á uno.

De una muy grave dolencia,
que se juzgaba mortal,
la esposa de don Pascual
está en la convalecencia.

Por eso sin duda ayer
el doctor con alegría
á don Pascual le decía:
—¡Bah! Ya tenemos mujer.

LIBORIO PORSET.

Telegrama de una capital de provincia:

«Se ha quemado una bonita y variada función de fuegos artificiales en la Plaza Mayor.»

Sea enhorabuena.

Pero para transmitir noticias de ésas... más valiera que siguieran en huelga los telegrafistas.

Libros:

Caricaturas se titula un nuevo y delicioso libro de nuestro querido compañero Luis Taboada. Es... como todos los suyos, y no cuesta más que 3,50 pesetas.

¿Lo comprarán ustedes?

Teatro fantástico, por D. Jacinto Benavente. Contiene el tomo las obras siguientes: *Amor de artista*, loa; *Los favoritos*, comedia en un acto; *El encanto de una hora*, diálogo, y *Cuento de primavera*, comedia en dos actos.

Novelas, colección de lindísimos cuentos del insigne novelista D. Jacinto Octavio Picón, que ha formado con ellos un libro interesante de amena lectura, de irreprochable buen gusto y de verdadero mérito literario. Precio: 3,50 pesetas.

El ventorrillo del Chato, sainete lírico en un acto y en verso, de D. J. Contreras Infante, música del maestro Jiménez, estrenado recientemente en el Teatro del Tivoli.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 27.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. V. G. D.—Riotinto.—Hombré, sí, mande siempre que quiera y puede que aprovechemos alguno.

Sr. D. S. G.—Aliaga.—Puede decir cuáles son y se le remitirán á vuelta de correo, á precio corriente.

Sr. D. M. M.—Se puede publicar el segundo. Puede mandar su verdadera firma.

El simpático.—Basta que usted lo diga, prenda. Pues... lo del extraordinario... acaso en Octubre... No lo juro, ¿eh?

Noy.—¡Oh, sí señor! Se puede enviar lo que se quiera.

Sr. D. A. R. O.—Son profundamente tristes, sin mezcla de humorismo alguno. Y en este periódico, aunque sea poquito, hace falta algo.

Pirriquito.—Tiene usted una letra

tan endemoniada
que, aunque me desojo,
no le entiendo nada.

Sr. D. B. R.—Las redondillas son bastante flojas. Y el asunto es manoseado y vulgar.

Ruso.—¿Pero de veras dedica usted esas seguidillas á Ángeles? Pues como las resista á pie quieto, diga usted que ya no la matan pulmonías.

Cuansebol.—Puesto que no son muy atrasados... podemos dárselos á precio corriente.

Calvino.—¡Qué mal versificas,
compadre Calvino!

¡No irás á la gloria
por ese camino!

Siméon.—No es lo malo ¡ay! que sea una porquería, como lo es efectivamente, sino que me parece que yo he leído ya eso en alguna parte.

Castaña.—Eso es llenar de ripios las aceras,
y ¡ay si lo sabe Bosch y Fustegueras!

Raposa.—Mucho amor me parece para cantado en versos tan prosaicos.

Sr. D. R. V.—¿Que si publico la composición no me costará nada? ¡Sí, señor! Me costará un dolor de cabeza.

Tac.—Es un cuento que, de puro sabido, debe callarse. Y en los romances no se debe cambiar de asonancia cada cuatro ó seis versos. Porque hace un efecto del demontre.

Sr. D. A. T. F.—El chiste final está muy gastado, y se ve venir á cien leguas.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 15 duplicado, bajo.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS



Hijo, nunca está de más tener un bastón de Gras.
Alcalá, 40.



A nadie la sabe mal el anís de *El Imparcial*.
Vicente Lóbes.—Zaragoza.



Ya lleva todo *Madrid* camisas de las de aquí.
Martínez.—San Sebastián, 2.



La de *Tomás*, alma mía, es la gran peluquería.
Alcalá, 40.



Para engordar en dos días, comed en *Las Tullerías*!
Matute, 6.



Limpieza en la dentadura es lo que nos manda el cura.
Firso Pérez.—Mayor, 73.



Un pantalón de *Pesquera* le sienta bien a cualquiera.
Magdalena, 20.



Quien no compra un buen reloj es un pedazo de boj.
Brañas.—Matute, 12.



Como *Rubio*, peluquero, no hay otro en el orbe entero.
Peligros, 10 y 12.



ABORTO DE OVAS Y LAMAS
Crusa el pez el ancho mar, y es desgraciado al pensar que nunca ha de ver las ca-
(mas
que venden en el Bazar.
Plaza de la Cebada, 1.



Cognac fino de *Moguer*.
¿qué rico debes de ser!
Sobrinos de *Quina*.—CARETAS, 27.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID